

“... si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás...». (Juan 8,51-59)

Los judíos protestaban airados: *¿Quién se cree éste? Abraham, nuestro padre en la fe murió y este dice que quien guarda su Palabra no morirá.* Jesús concluyó aquel tenso diálogo proclamando su divinidad y para ello utilizó la expresión “Yo Soy”, que forma parte del tetragrama del nombre santo de Yahvé, revelado en el monte Sinaí.

Esta promesa de eternidad para quien cree y hace vida su Palabra y el declararse a sí mismo como Dios terminaron por desbordar la contenida furia de sus detractores que cogieron piedras para lapidarlo como hereje.

Contemplamos en este episodio una revelación de capital importancia: Jesús es Dios y quienes guardan su Palabra entran en una dinámica de vida que trasciende el tiempo y el espacio. Entran en la dinámica de la divinidad.

El misterio de la encarnación, al presentarnos a un Dios que se hace “*como nosotros*” nos resulta profundamente entrañable. El compartir la eternidad de Dios a través del seguimiento ya se nos hace menos evidente. Sin embargo allí radica el sentido último de toda la historia de la Salvación: que todas las criaturas plenifiquen sus vidas en Dios.

Estamos ante la dimensión trascendente del seguimiento. La meta final a la que se refería San Agustín con aquella célebre frase: *«Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti»* El seguimiento, realizado desde el empeño cotidiano por hacer vida la Palabra, tiene por tanto semillas de eternidad y está orientado a plenificarnos en Dios.

Cercanos a la semana de pasión estas palabras de Jesús parecen querer contener y preparar los corazones ante la desazón y la incompreensión de la muerte en cruz. Como queriéndonos recordar que todas las cruces y hasta la misma muerte forman parte de un camino que nos conduce a la VIDA.

En el Marco de Identidad de la Institución se afirma: *“La Hospitalidad continúa en el tiempo y en diferentes contextos, la misión sanadora de Jesús de Nazareth.”* (MII, 18) En Jesús, la sanación está orientada a la salvación. Por lo tanto no podemos dejar de proponer la dimensión trascendente de la “salud integral” por la que apostamos. El Modelo Asistencial Hospitalario *“incluye el derecho a la atención espiritual y religiosa”* (MII, 46) La antropología cristiana que inspira nuestra asistencia debe mantener, cultivar, proponer esa ventana que, en libertad, haga posible el itinerario de experiencias salvadoras en el proceso de sanación.

